

EL SOLDADO DEL BOTÓN
MAGENTA

ERNESTO OLANO



Libros y Literatura

Primera edición.

El soldado del botón magenta.

© 2023, Ernesto Olano.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Victoria Mera.

© Ilustración de la portada: Moisés Cerezo

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-127282-2-4

Depósito Legal: A 308-2023

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

«Ahora mismo, uno de los peores olores que me sobrevienen es, sin lugar a dudas, el que desprendían los caballos en las cunetas. Aquello te arrastraba al vómito. Muy desagradable también a la vista: animales nobles con sus vientres hinchados y abandonados de la misma manera que uno se desprende de una postilla.

Pero la guerra era así y estaba plagada de olores igual de nauseabundos o peores, pues a cada cual se le atravesaba uno. Las trincheras estaban llenas de olores y de soldados. ¡Soldados! Todos vestidos de azul horizonte. Vaya nombre para un color tan crudo y limitado. Un soldado sólo podía ser aguerrido, impecable, varón, duro, dispuesto, patriota, valeroso, celestial; pero yo... yo...».

Lucas Maes



París actual, febrero de 1928.

Empezaré admitiendo que soy de esa clase de personas que tienen por norma no llorar y, dicho esto, sí, efectivamente, como no podía ser de otro modo, soy un infeliz. Quién lo hubiera pensado dada mi posición. Y lo peor de todo es que hasta hoy no me he dado cuenta.

¿Y por qué ha tenido que ser hoy? Pues porque hoy es miércoles y porque como cada miércoles, el atento señor Meunier, nuestro portero, nos ha subido la correspondencia. Ese hombre es realmente servicial, se gana con creces el sueldo y las propinas que le damos. Aunque hoy... Hoy entre facturas y peticiones había una carta, la carta, la de Lucas Maes: el soldado del botón magenta. Y al verla me he quebrado, han tambaleado las blindas sobre las que he ido construyendo mi persona. Con lo bien que me acosté anoche...

Sobra decir que la misiva en cuestión la he abierto al instante, según la he visto. Me quemaban las manos mientras lo hacía. Y tras las prisas, y una vez desplegada la hoja, ante mí una sola palabra. Vaya. Así de concreto ha querido ser el señor Maes: tres letras. Nada más. Pero vaya tres letras... Infalibles. No le ha hecho falta ni un reglón para que corra a desabrocharme los cuellos de la camisa. Lo que me ha costado recuperar el aliento.

Me llamo Alphonse Renoir, tengo treinta y un años y soy uno de los redactores más sobresalientes de uno de los periódicos más notables de París. Y he aquí uno de mis mayores defectos: me satisface tanto anunciarme tal cual, que para ello no he escatimado en renunciaciones morales ni en descontar principios que padre y madre, dos personas de bien y temerosas de Dios, me inculcaron a base de decencia.

Y luego me quejo de la impostura que reina en la sociedad actual.

Por supuesto, he decidido tomarme el día libre. Así era imposible pasarse por el despacho. Imposible acudir de semejante guisa al periódico, todos acabarían preguntando por mi cara de funeral. Así que estoy en mi habitación y con la frente apoyada en la ventana mientras miro hacia la calle. Respiro. Puedo ver que el día viene cubierto, con la misma llovizna de ayer. También observo a los capitalinos caminar con sus paraguas. Todo normal, como si fuera otro día de lo más cotidiano dentro de este febrero que no parece querer cambiar nada. Ni el clima. Pero en absoluto es un día más.

Desde donde estoy puedo ver al lechero enfundado en su enorme tabardo blanco y haciendo sonar las botellas sin tiempo que perder. Ahí va. Esta vez no me hace gracia su caótica forma de moverse. Siempre espero a que pise alguna baldosa y se salpique, pero hoy, habiéndole arreado a dos, no me río. Mal asunto.

Doy pequeños golpecitos con la frente en el ventanal.

Noticias, noticias, noticias. O propaganda, propaganda, propaganda. Señor Maes: los dos sabemos que no estuve a la altura y por eso, gracias, mil gracias por escribirme. Admirable gesto.

Tenía que haberme dado cuenta antes de que yo no era como ellos, de que mi estómago no digeriría el desdén con igual facilidad que el de todos esos acaudalados que tanto me entontecen. Qué le vamos a hacer.

Y al final resuelvo que lo más acertado será echar la vista atrás. Pocas veces falla una revisión en condiciones de lo vivido. Y funciona, sí, porque pronto entiendo que, cuando niño, todo olía mejor. Yo olía mejor. También me viene fugazmente el recuerdo del pueblo en el que me crie. Trato de centrarme, trato de saber cuándo dejé de ser un tipo afortunado, y en ese propósito avanzo y retrocedo en el tiempo.

La Gran Guerra. Aquella barbarie nos marcó para siempre. Rompió con todo lo conocido hasta entonces. Cuatro años de cuerpos mutilados y caras desfiguradas que retornaban incapaces de sostener ni una cucharilla. Millones de muertos. De ella salimos hechos añicos por muy vencedores que nos sintiéramos. Y luego las toses que poblaron los años siguientes y las huelgas y los levantamientos. Aunque si de algo nos podemos sentir orgullosos los franceses es de nuestra mala memoria; una suerte que nos facilitó perder el miedo sin aún haber pasado página. De la desolación a las fiestas desenfrenadas, y del luto a los modelitos de Coco Chanel. Todo sin tiempo para asimilarlo. De pronto reíamos como si nos pagaran por ello. ¡Menudos somos cuando nos ponemos!

Y así, a base de desparrame, fue que llegamos a 1926. Hace dos años. Primera semana de febrero, un febrero igual de frío que este. Allí es donde merece que me detenga por ser el momento en el que conocí a Lucas Maes.

Qué iba a saber yo que aquella llamada anónima fuera a cambiar tantas cosas. Sí, eso es, fue él quien contactó conmigo. Siempre él. Aquella vez lo hizo por teléfono. Al parecer había leído un reportaje mío sobre los hospitales de veteranos y llamó al periódico preguntando por el articulista. Nosotros contábamos ya con tres teléfonos de escritorio por planta, él era evidente que llamaba desde un locutorio. Podía escucharse de fondo el

trasiego de la gente, un sinfín de charlas ajenas que dificultaban la conferencia.

Nuestra primera conversación fue breve, aunque importante.

París, dos de febrero de 1926.

—Buenos días, ¿es usted Alphonse Renoir?

—Sí, soy yo.

—Bien. Tengo una historia que contarle; la mía.

Yo le interrumpí.

—De acuerdo, de acuerdo; claro, sí, su historia. Perfecto, deseando escucharle, seguro que su vida es trepidante, aunque antes de empezar tal vez debiera advertirle que de tiempo andamos más bien faltos por aquí.

Vaya manera de comenzar nuestra relación. Quise separar el grano de la paja sin percatarme de lo ridículo que estaba siendo. Eso sí, en mi descargo resulta pertinente señalar que a diario éramos bombardeados por un sinfín de llamadas y todas para no aportar absolutamente nada.

El hombre que se encontraba al otro lado del cable tuvo paciencia conmigo. Después de escuchar mi voz plagada de agudos, se dispuso a seguir con su anuncio.

—Combatí en Ypres. Tal vez le suene ese enclave... En aquel fango se enterraron muchas vidas. Le he leído y quiero que sea usted quien cuente al mundo lo que yo viví y sentí. La carne no sabe de patrias, sólo sabe del alma que la gobierna, y... —Por unos segundos la voz que me hablaba desde el otro lado se detuvo. Se había emocionado y trataba de recomponerse. A punto estuve de intervenir, pero entonces aquel hombre volvió al aparato y yo paré—. Supongo que a esta vida venimos para querer y que nos quieran. ¿No cree? Disculpe mi entreacto. Disculpe. El miércoles

a las ocho de la mañana en el café La Petite Chanson. Venga solo y, por favor, sea puntual.

Bien. Era de valorar su propuesta. Rompía un poco con lo cotidiano. Algo era algo. Y el café, café. Las ocho me pareció una buena hora para tomar una tacita y templar el cuerpo. Creo que esa fue la razón que decididamente me animó a darle una oportunidad.

Respondí en positivo.

—De acuerdo, allí estaré, pero ¿qué quiere de mí?

—Poca cosa. Me basta con que me escuche, luego ya verá si lo que le participo le sirve para un reportaje.

—Quiero pensar que sí. Quiero pensar que usted va a confiar-me buen material. ¿No perderé el tiempo con usted?

Yo le incité a que me persuadiera. Encima del escritorio tenía alguna que otra noticia que desarrollar y para priorizar sus crónicas necesitaba más tuétano, carnaza.

—Haga el favor de no ponerme a prueba tan pronto —me frenó tajante aquel soldado—. No me cabe duda de que su pluma es muy capaz de confeccionar un reportaje meritorio a partir de lo que yo le cuente.

—Vale, vale, de acuerdo —sonreí por destensar—. Tiene razón, de momento me vale, luego ya iremos viendo. Sí. Aunque, dígame, en cuanto a sus honorarios... ¿de qué cantidades estamos hablando? Nadie da simplemente por dar. Dígame, ¿qué pide usted a cambio?

—Discreción.

—Ya, ya, ya. Pero le pregunto por el dinero. Soy periodista, sé de qué va este negocio.

—...

Aquel soldado no contestó, permaneció callado y, tras un momento de dudas, colgó el teléfono para que yo entendiera que él

no era de esos. Me quedó claro, aquel hombre no era como yo. Mi insinuación le incomodó hasta el punto de no querer corregirme y de aquel modo se cerró nuestro primer contacto.

Bien. Persona de naturaleza tranquila quien me demandaba. Bien. Menos mal. Yo, mientras, me quedé inmóvil unos segundos frente al aparato.

Hay asuntos que nunca pasan de moda, recuerdo que pensé. Y es muy cierto. Será por morbo, curiosidad, nostalgia o simple chovinismo, que a los franceses siempre nos ha gustado releer nuestra historia y también reescribirla, reescribirla tantas veces como sea necesario hasta dejarla fetén. Por eso, mis ojos de pronto tomaron forma de billeteras.

Mientras tanto, *La Petite Chanson*. ¿Dónde diablos estaba aquel café? El resto de semana, el lunes y el martes, los viví con impaciencia.

Por suerte, el miércoles llegó rápido y a la hora convenida yo ya estaba frente a la puerta del citado café. Aquel establecimiento se ubicaba en una callejuela estrecha y poco frecuentada, de esas por donde la gente pasa ligero y sin prestar atención. Desde fuera parecía más una librería angosta que una cafetería. El cartel de la entrada estaba desconchado, no le habían aplicado barniz para preservarlo de la intemperie. Un lugar peculiar sin duda, en sintonía con el momento. Al entrar, la puerta accionó un cascabel que colgaba del marco. El camarero ni me miró.

—Buenos días. Entiendo que usted debe ser Alphonse Renoir. —Y desde una de las esquinas, la voz de mi confidente me reclamó con cierta sorpresa mientras yo seguía admirando el lugar—. Vaya, me lo imaginaba con más edad.

Lucas estaba ya sentado. Apenas había nadie más allí, sólo un viejo que, a pequeños sorbos, se tomaba una copichuela. En cuanto a Lucas, no le convencieron mis veintinueve años recién

cumplidos. Él estaba con un periódico que dobló tres veces antes de señalarme el lugar que debía ocupar en la mesa. Yo también quise saludar:

—Sí, ese soy yo: Alphonse Renoir. Estas trazas de cartulario me delatan allá donde voy. Buenos y frescos días. Espero que pronto empiecen a subir las temperaturas, este invierno está siendo terrible. Como dice madre: «Para febrero guarda leña en el leñero».

Es cierto, me lie a decir sandeces. Cuando constaté que el soldado no iba a entrar en conversaciones facilonas, allí mismo dejé las frases hechas y le extendí la mano para preguntar por su nombre.

—Encantado de conocerle, señor...

—Señor M —me respondió seco, sin adornos, incómodo—, dejémoslo en señor M. Creo que así es como debería de referirse a mí en lo sucesivo. También a lo largo de su posible artículo. Señor M a secas.

Levantó el gesto para quedarse en mí y después de un ceñido carraspeo, continuó.

—Hágase a la idea de que no tengo nombre.

Reticente se me puso quien tenía delante y sin yo entender a cuento de qué venía aquello. Su reacción se me antojó un pelín escénica para lo que el momento demandaba, a fin de cuentas, yo sólo buscaba ser atento y poco más, pero su reacción hizo que asomara parte del tuétano que yo tanto necesitaba y eso amplió mis expectativas. Acogí con un bailoteo de piernas sus recelos. Lo nuestro comenzaba a ponerse interesante. Sobra decir que, a partir de entonces, la mayor de las cautelas acompañaría cada una de nuestras cinco reuniones. Tener delante a un confidente sin nombre no era un asunto menor. Y en efecto, cinco reuniones. Muchas más de las deseadas en un principio, si bien me aca-

barían pareciendo pocas. Todas en el mismo café, en la misma mesa, bajo la misma socapa. Yo de espaldas a la puerta y dejando, mientras, que la vista de vez en cuando se me escapara a través de las vidrieras del local para encontrar acomodo en los ladrillos de la fachada de enfrente.

Adelanto que, una vez llegados a la cuarta reunión, sí me confesaría su verdadero nombre aquel varón que, a simple vista, podía apreciarse que era algo más mayor que yo. Pronto supe que me sacaba seis años, aunque estaba provisto de una piel lisa como pocas veces he visto. Sentado frente a él, pude advertir sus simétricas facciones. Era esbelto. Con la mirada limpia. De esas personas en las que uno enseguida sabe que puede confiar. Bigote cuidado y sonrisa triste, nostálgica. Gustaba de tocarse el bigote cada cierto tiempo y también de jugar con un anillo fino que llevaba en la mano derecha y que giraba sin prisa alguna. La languidez en aquel soldado era innegociable. Lacónico, se pasó la mano por los cabellos para marcar bien la raya. Quería lucir intachable.

Tras las presentaciones de rigor, mi informante se centró en el porqué de su llamada. Quería hablar, ser escuchado después de nueve años de silencio. Llevaba nueve años semioculto entre el impersonal bullicio de la capital. Un caballero subterráneo, alguien con una huida a cuestas, pero de la que ya me hablaría a su debido tiempo. Sería por su pródigo tono de voz que pronto empecé a cogerle estima. Debía de trabajar como ayudante de sastrería por cuatro peniques y vivir de alquiler en una rúcana habitación. Su empleo le facilitaba vestir con gusto telas compradas a granel.

—¿Está seguro de que quiere que sea este periodista quien escriba sobre sus memorias?

—Así es. Creo estar ante la persona idónea.

—¿Sí? ¿Y por qué yo?

—Le leo cada martes. Digamos que me acostumbré a usted. Dice mucho de uno mismo su manera de escribir. Me gusta leer sus artículos siempre bien presentados. Creo que es un ser de bien, un tanto petulante, sí, pero con el corazón limpio.

Y tras esta afirmación, se acercó el camarero y pedimos dos cafés *noisette* y un par de *brioques à la cannelle* para acompañar la reunión con fundamento.

¿Yo con el corazón limpio? Me entra la risa al recordar esta apreciación suya. Supongo que a las personas honradas no les cuesta ver la parte amable de los demás.

—¿Le gustan los libros, señor Renoir? —preguntó entonces el señor M— ¿Le gustan? —insistió señalando una pila que tenía a un lado. Habría unos tres o cuatro.

—Sí, desde luego —respondí—. He leído muchos a lo largo de mi etapa académica.

—Bien, señor Renoir. Un libro se parece mucho a un espejo. Imposible engañarlo. Si sabe leer, y leer no es sólo juntar palabras, antes o después descubrirá los ríos que le recorren por dentro.

—Estamos de acuerdo, señor M. —Aproveché a decir en un silencio que surgió justo cuando aquel caballero cogía uno entre sus manos. Quise hablar su propio idioma, parecerle cercano. De ahí que me pusiera a asentir con la cabeza como si me hubiera dado un calambre.

—¿Ha leído a Flaubert? ¿*Madame Bovary*?

—No.

—Bien, pues empecemos por el principio. —Y me pasó aquella novela cuyo lomo estaba desgastado—. Para nuestro próximo encuentro téngala leída. Le facilitará entender qué tipo de persona tiene delante.

Con aquel comentario ya me introdujo lo de los cinco encuen-

tros. Menuda manera eligió para hacerlo. Y yo que reaccioné dejando la taza en vilo y una exclamación al aire. No podía ser cierto. Invertir más de un día no estaba dentro de mis planes. Me quejé. Quería publicar rápido y centrarme en otros asuntos.

El señor M me recondujo.

—El café es bueno y lo tenemos ya sobre la mesa. Tómeselo, señor Renoir. Y luego, si lo que le cuento le aburre, levántese. No parece ser de la clase de personas que se arrugan ante las despedidas. Márchese en cuanto así lo crea oportuno.

—No, no es eso. No me malinterprete. No. No es más que... Ya sabe...

A lo que Lucas Maes me dio pronta sentencia:

—Renoir, Renoir, Renoir. Impaciente y joven Renoir. Un consejo: la vida a sorbos medianos y dejando pausas para que el paladar pueda impregnarse de matices. Imprescindibles los matices. Haga como con el café: a sorbos. Lo agradecerá su pulso.

Para sus ojos verdes yo no era más que un inexperto bocazas. Luego añadió señalando la novela que me había apartado...

—Tenga el detalle de leérsela.

—Delo por hecho. Por supuesto. Tiene mi palabra.

Allí, en aquel lugar, se mezclaban el olor tostado del café con el de los libros y eso obligaba a expresarse bajito. Podía escucharse perfectamente la máquina de fondo cuando silbaba vapor de agua. Y Lucas empezó a contar. No quiso esperar más. Tenía ganas de aparcar las bienvenidas y centrarse en sus crónicas. Yo había ido provisto de un bloc de notas, pero enseguida vi que se me quedaría corto.

Su retórica me puso en situación:

—Ypres. Cruce de caminos. Flandes Occidente. 1916. Primeros de un septiembre poco benévolo. Pueblo campesino. Los últimos movimientos de tropas habían llevado a Lucas y a su buen

amigo Pascal hasta aquel codiciado lugar atestado de soldados ebrios, de carromatos varados en el fango y de ovejas, muchas ovejas sueltas y desplazadas de su hábitat natural.



Las trincheras

Frente Occidental, 1916.

Y hasta la plaza mayor de Ypres me fui en lo que Lucas tardó en unir tres frases. Allí aparecí como espectador, igual que un gorrioncillo sobrevolando el espectáculo: uniformes, gritos, botas pateando el suelo, polvo, emoción. De repente habíamos retrocedido hasta la Gran Guerra y pude observar de primera mano aquel sinfín de operativos marciales en los que participaban cientos de reclutas exultantes de testosterona. Allí se respiraba euforia y miedo a partes iguales. Sí, pude sentirme integrado en aquel jaleo, yo como cronista en fila tercera o cuarta, pero concurrente. No sólo fueron las memorias del señor Maes las que me ayudaron a recrear todo aquel ecosistema dentro de la cabeza, mi imaginación también jugó un papel esencial, máxime gracias a la cantidad de veces que había fantaseado con ser un héroe de guerra forrado de medallas y entero: con todas mis extremidades intactas, pero con la cara mellada, con una ligera cicatriz en el pómulo. Lo de la cicatriz me hubiera encantado.

Recuerdo con exactitud milimétrica cómo mi interlocutor me detalló aquel cúmulo de sensaciones que le gravitaban:

«Éramos muy inocentes. Aún nos veíamos guapos con el uniforme aquel del que no encontrabas cuatro piezas iguales. Y como todavía no habíamos entrado en combate, para nosotros

todo era una genial aventura. Creíamos que la guerra sería ver alemanes cayendo a nuestro alrededor mientras corríamos por amplios campos floridos. Qué engañados estábamos, señor Renoir. Cuánto odio nos habían inoculado hacia aquellos diablos luteranos; cuánto... Empujados por ese ardor guerrero hasta nos gustaba la sopa de guisantes, y eso que las legumbres siempre estaban secas. Perdíamos el tiempo bordando en las solapas: 73 regimiento de fusileros».

Con un par de anécdotas más, aquel misterioso varón me presentó al responsable de que se hubiera alistado, a su inseparable amigo Pascal. Pascal tendía a ser optimista, lo cual estaba bien, aunque en ocasiones pecara de ingenuo. De estatura media, tirando a retaco, no era ni viajado ni instruido, tan sólo una persona normal y entusiasta bajo una sola ceja que le ocupaba toda la frente.

Mañana fresca aquella en la que los dos arreaban un rebaño que intentaban meter en su redil.

—Ven, ovejita, ¡ven! No corras. Pienso hacerme unos calcetines preciosos contigo —gritaba Pascal mientras perseguía a un rumiante unglado con muy malas pulgas—. ¡Vamos, preciosa, no seas tímida! Ven conmigo. No pienso comerte todavía. Vamos, ovejita linda.

—Déjala, amigo mío, que te va a terminar dando una coz en todo el trasero —reía Lucas.

Pascal y Lucas sobresalían sin pretenderlo de entre los demás soldados. Los dos eran belgas entre una interminable lista de *poilus* barbudos. *Poilus* era como se designaba dentro del argot militar a la infantería francesa que, ruda y del campo, gozaba de varones bien peludos. Lucas, a la hora de describirme sus primeros días en aquel asentamiento, insistía en este dato cada vez que podía; los franceses debieron de causarle una complicada